

UNA VISITA A MAX NORDAU

UNA VISITA A MAX NORDAU

UNA VISITA A MAX NORDAU

EL GABINETE DE TRABAJO DE MAX NORDAU. — SU FISONOMÍA.
— LA DEGENERACIÓN EN ESPAÑA. — SU ORIGEN ESPAÑOL.
— LITERATURAS MALSANAS. — LOS EDITORES. — LOS
CRÍTICOS. — UNA CARTA.

Cuando Augusto Dietrich publicó en francés los dos enormes volúmenes de *Degeneración*, algunos cronistas parisienses hablaron de Max Nordau como de uno de esos profesores eruditos y mal humorados que trabajan pacientemente bajo la sombra fría de los claustros universitarios de Alemania. — « Para comprender el origen de este manicomio literario — dijo entonces un cronista del boulevard — sería necesario ver al autor, hablar con él, investigar sus rencores, sus simpatías y sus caprichos... Lo malo es que nuestros *fiacres* no van hasta Silesia... »

Sin ir tan lejos y sin tomar coche, yo tuve ayer el gusto de pasar una hora en casa del ilustre rival de Lombroso.

* * *

Max Nordau vive en París desde hace quince años. Vive en el barrio elegante de los pintores á la moda y de los grandes escultores, en la avenida de Villiers, entre Luque, el simpático dibujante español y Mounkasis, el célebre colorista austriaco.

En su puerta hay una plancha de metal que dice:

« Dr. Nordau — médico — de la 1 á las 3. » Su gabinete de trabajo es una pieza muy estrecha y muy sencilla, en la cual los muebles desaparecen bajo una infinidad de libros, de periódicos y de manuscritos. Cuando una fámula, que parecía escapada de un álbum de « caprichos » de Goya, me introdujo en esta pieza, el maestro estaba hojeando los tres últimos libros italianos y portugueses que hablan de él y de su obra. « Max Nordau, — dice uno de los libros — parece una sierra que trata de cortar y que, sin saber cuál es el buen pedazo y el mal pedazo, hace uso de sus dientes, y corta sin escrúpulo, y corta sin talento, y corta sin gracia. » — Todo eso, en portugués y en verso, hacía reír á carcajadas al autor de las *Mentiras Convencionales*.

Porque Max Nordau, que, como mis lectores ven, no es catedrático en ninguna universidad de Silesia, tampoco es, ni con mucho, un erudito viejo y mal

humorado. En sus obras serias pueden aparecer como un apóstol demasiado austero y aún algo pedante; mas en la intimidad hospitalaria de su gabinete, « entre cuatro ojos » como él suele decir, su figura resulta agradable. Físicamente se parece al Campoamor de hace diez años, cuya barba blanca encuadraba una faz sonrosada y risueña de adolescente.

Su manera de hablar es más bien irónica y persuasiva que dogmática. Todos los vicios, todos los ataques y todas las envidias, encuentran en su análisis familiar una sonrisa de perdón bondadoso. Lo único que para él no admite ni bromas ni tolerancias, es la degeneración filosófica y moral.

Así, mientras nuestra conversación relativa á España se circunscribió á hablar de los campesinos aragoneses, que, según su expresión, « son dignos de la Edad Media »; de los museos madrileños que dejan mucho que desear como orden y cuidado; de los ferrocarriles de todas las provincias, de las maravillas de Toledo, del encanto de Córdoba, etc., sus censuras fueron tan ligeras como entusiastas fueron sus elogios. Pero desde que llegamos á la filosofía y á la literatura, sur « verbo » se enardeció :

— Las letras y las ciencias españolas — me dijo — están en completa decadencia y en completa degeneración. Italia misma, con valer relativamente poco, vale infinitamente más que España. En Italia

hay una ciencia y una literatura, sostenidas y cultivadas por los Garófalos, por los Lombrosos, por los Fogázaros, por los Amicis, por los Farinas... Amicis, en sus primeras obras, es una verdadera maravilla de estilo y de fuerza... Y además de estos, hay otros muchos, sin contar á los degenerados y locos como ese pobre Gabriel d'Annunzio. En España nada ó casi nada de eso. La filosofía de moda en Madrid, el krausismo, es uno de los síntomas de la decadencia. Krause es un pobre hombre; en Alemania estoy seguro de que ni aun los profesores de metafísica le conocen; yo le considero como un discípulo de quinta clase de Kant... y sin embargo los españoles lo comentan, lo estudian y le admiran. Mi amigo Salmerón, que es un hombre de mérito real á pesar de su obscuridad¹ me ha hecho sonreír

1. He aquí una carta en que Nordau me pide que modifique esta frase:

«Merci, mon très éminent confrère, de vos flatteuses appréciations, qui, à mes yeux, valent surtout par la sympathie qu'elles trahissent et que je vous rends pleinement, d'ailleurs. Beaucoup de jugements, de remarques, de boutades que vous m'attribuez généreusement vous appartiennent de plein droit et votre modestie seule vous a empêché, je crois, de les revendiquer pour votre propre compte, mais cela n'importe pas beaucoup. Le seul mot qui m'a peiné est celui qui parle de « l'osbeurité » de M. Salmeron. Je n'aurais jamais employé une expression que D. Nicolás sentirá comme une offense.

» Je vous serre cordialement la main, et suis toujours votre bien devoué

« M. NORDAU. »

muchas veces hablándome de él como de un ser sobrenatural... Verdaderamente es curioso, muy curioso, eso de que ustedes tengan una filosofía Krausista... La literatura vale, en España, más que la ciencia; pero, ¿vale mucho? Yo no me atrevo á responderle á usted francamente. En cierta época hubo una tendencia realista que fué casi una escuela; hoy ni eso; artículos de periódicos, y novelas, y muy pocos versos; casi ningún libro de teoría y de ideas. En Portugal mismo, hay un movimiento que quizás no sea más importante en el fondo, pero que es más compacto, más visible, más nuevo sobre todo.

— ¿Conoce usted las obras de Pérez Galdos, de Pereda, de Valera, de Clarín?... — le pregunté.

— Sí: — me respondió — esos escritores tienen talento, mucho talento, y también la señora Pardo Bazán, y mi amigo Blasco que es uno de los hombres más agradables y más modestos del mundo, y Ortega Munilla y Picón... Pero esas son inteligencias aisladas que no forman lo que se llama una generación brillante. Castelar mismo, con valer mucho, es inferior á Edmundo de Amicis.

*
* * *

Como hasta entonces sólo habíamos hablado en francés, ocurrióseme preguntarle si había leído en

español las obras notables de nuestra literatura contemporánea.

— Sí señor — me contestó en castellano puro y corriente. — Sí, señor : yo conozco el español bastante bien para que en las provincias de Castilla algunas personas me hayan preguntado si era andaluz. Después de todo esto no tiene, en mí, ningún mérito. Mi familia es descendiente de los judíos españoles que fueron expulsados en el siglo xvi, y, como usted sabe, los israelitas de la península han conservado, á través de los siglos y de las persecuciones, su lengua primitiva. Yo, pues, soy algo español, de lo cual me enorgullecería si tuviese fe en el patriotismo y si no estuviera seguro de que las nacionalidades y las fronteras políticas son mentiras convencionales y seculares. — España — las Españas, mejor dicho — son un país en cuyo porvenir creo firmemente, no sólo por instinto de simpatía, sino porque en mis estudios del pueblo ibero he descubierto una fuerza moral verdaderamente intensa.

* * *

Una de las cosas que con más curiosidad deseaba yo saber, era si, según el autor de *Degeneración*, mi sabio amigo Pompeyo Gener « resultaba » ó no, en su libro, de las *Literaturas Malsanas*, un crítico

original. Desgraciadamente Max Nordau no había leído aun la obra de su colega catalán.

— Gener! — me dijo — Pompeyo Gener?... no le conozco...

Luego, con una sonrisa en la cual había más discreción que modestia :

— Ya ve usted — continuó — mi libro ha tenido un éxito que no merece y naturalmente ha encontrado, en todas partes del mundo, una infinidad de imitadores; pero no puedo creer que nadie se haya atrevido á copiarlo, sobre todo desde que, gracias á la traducción francesa, se ha hecho universalmente popular.

Y en efecto, plagiar en estos momentos un capítulo de *Degeneración* sería como robarse un diamante de las vidrieras del museo del Louvre para hacerse un alfiler de corbata.

« ... Sólo que — dirá maliciosamente Clarin — la *Degeneración* actual fué una desconocida *Entärtung* antes de ser un popularísima *Dégénérescence*. »

* * *

A los que el gran crítico sí acusa de robo, de robo verdadero, es á los editores que en España, en América y en otros varios países, han publicado algunas de sus obras.

— En Madrid — me dijo — se han hecho varias ediciones de *Mentiras Convencionales*, mas para mí es como si no se hubiese hecho ninguna, porque jamás he visto un cuarto de lo que, en buena justicia, me pertenece por derechos de traducción. Mi novela titulada *Mal de Siglo*, en cambio, ha sido traducida de una manera magistral por Salmerón y publicada honradamente. Las ediciones de América, nunca me han producido nada : en el Brasil, donde según parece hay muchos aficionados á mi literatura, se han hecho publicaciones de lujo de libros míos que aun no están publicados en francés, como *Paradojas*, y los editores no se han tomado ni aun el trabajo de enviarme un ejemplar. No así en Inglaterra, ni en Italia, países en los cuales la propiedad literaria es respetada siempre. Mas los Estados Unidos y los países de Oriente, y aun algunas posesiones inglesas, son peores, si cabe, que el Brasil, en cuestiones de seriedad editorial. — Los que sí son corteses para conmigo, en todas partes del mundo, son los críticos. Vea usted; vea usted...

Y abriendo un inmenso cajón de su escritorio, me enseñó la infinidad de artículos relativos á sus obras que ha recibido últimamente.

—... Aquí, — siguió diciéndome — hay elogios y censuras en todas las lenguas del mundo, hasta en chino, hasta en latín. En Francia sólo, se han es-

crito en estos últimos cuatro años, más de mil doscientos artículos en los cuales se habla de mí; en Alemania más aún, en Italia infinitamente menos, pero siempre muchos. En cuanto á España, pocos, muy pocos, pero algunos excelentes, lo mismo que en América. — Ya ve usted, pues, que no tengo de qué quejarme : estoy contento de mí mismo hasta donde uno puede estarlo ; estoy contentísimo de los demás, y soy, por sistema, enemigo del pesimismo. Mi divisa podría ser la frase latina : *Dum spiro spero...* Sí; mientras pueda respirar, y trabajar, y creer en el porvenir de la Ciencia, tendré esperanzas, lo que equivale á tener dichas. ¿Por qué dudar? ¿Por qué acobardarse? ¡Es tan bello vivir, obrar y esperar!...

UNA VISITA A ARMAND SILVESTRE

UNA VISITA A ARMAND SILVESTRE

UNA

VISITA A ARMAND SILVESTRE

LOS DOS SILVESTRES. — « SONETOS PAGANOS ». — RECUERDOS SOBRE JORJE SAND. — ENTUSIASMO LATINO. — UNA ANÉCDOTA. — EL GABINETE DE TRABAJO. — FECUNDIDAD CONTENPORÁNEA. — UN HOMBRE TÍMIDO. — UN RETRATO DEL AUTOR DE « SONETOS PAGANOS ».

Los escritores castizos se quejan amenudo de lo mucho que los criticos jóvenes emplean ciertas palabras y ciertas frases puestas á la moda por la moderna literatura francesa. Uno de ellos — un buen académico de la Española, cuyos estudios sobre Calderón y Cervantes son célebres — me decía hace poco tiempo refiriéndose al último libro de Rubén Darío :

— El autor de *Azul* tiene mucho talento y mucha habilidad, ¿por qué negarlo? Pero sus libros hacen gran daño en el mundo de colegiales que tratan de ser modernistas sin saber lo que el modernismo sig-

nifica, y que reducen el estilo á una mera combinación de términos singulares. Lea usted las revistas de todos colores que se publican en América, los *Ecos Azules* y las *Liras Vesticoloras*; en todas ellas hay un analista « refinado » que estudia con gran aplomo las « complicaciones » de nuestro siglo. Para ese analista todo lo que no es anticuado es inquietante y misterioso; todas las ideas nuevas se le figuran « turbadoras », todos los hombres que escriben novelas modernas, le parecen « homom duplex », etc. Y de ese modo, empleando las palabras sin ton ni son, se les suprime el verdadero sentido y se las convierte en medallas usadas sin brillo y sin carácter. Yo no me opongo á que se empléen esas voces y otras muchas que son muy expresivas, aun sin ser muy castizas; pero que se empléen con tacto y que los modernistas no vengan á decirnos que Daudet es un « complicado », Zola un « exquisito » y Sardou un « homom duplex »; porque, si es cierto que el escritor de raza se reconoce por la rareza de sus epítetos, también lo es que nada hay en el mundo tan ridiculo como un literato que emplea mal los adjetivos.

Mi amigo, el académico, tenía razón al hablar así. Los jóvenes impresionistas que escriben en español han echado por la ventana tantas palabras raras y tantas frases expresivas, que hoy casi ninguna de

ellas sugiere al lector la imagen propia ó la visión justa.

Así, yo de mí sé decir que me encuentro ahora en un gran apuro para indicar de una manera breve la doble compleción literaria de Armand Silvestre. « Homo duplex »? No, puesto que todos son « homom duplex ». Algo más: dos escritores diferentes, casi opuestos, en un solo hombre; dos personalidades en la misma persona, dos cerebros en un cráneo único.

El primero de los dos Silvestres, el más conocido y el más generalmente admirado, es autor de *Cadet Bitard* y de los cuentos para hacer reir, es un hombre gordo, bonachón y picaresco; un heredero de Bocaccio y de la reina de Navarra; un gran bebedor de cerveza, enamorado, como Rabalais, de los vientres voluminosos de las comadres y delas nalgas macizas de las criadas de servicio. Los caricaturistas le representan vestido de fraile del Renacimiento, con un jarro de vino en la diestra y una gran carcajada entre los labios.

Pero ese cuentista galo no es el mejor de los Silvestres. — El mejor y el más sincero es el otro, el lirico, el de los ojos tristes, el trovador enamorado

de las diosas del Olimpo y de las Venus incorpóreas; el que compuso los *Paisajes Metafísicos*; el amante de las rosas de otoño y de los grandes lirios blancos.

Al que yo fui á ver, fué á éste último, para hablarle de sus madrigales alados de antaño y de sus antiguos sonetos paganos.

* * *

Los *Sonetos Paganos* — me dijo — son mi primero, mi mejor y más querido libro. Son un libro de fe y de juventud... Además son un recuerdo, el más bello, el más puro de mis recuerdos; el recuerdo de Jorge Sand. Ella fué quien me aconsejó que los publicase; ella quien me hizo el prólogo y quien me dió la carta de recomendación para el editor... ¡Pobre alma sublime!... Casi nadie me habla de ella, ni de mis sonetos... Los periodistas sólo conocen mis cuentos... es raro que usted me hable de eso... mil gracias... ¿es usted poeta?... Y lo extraordinario es que los que creen conocer á la gran escritora, no la conocen por completo, mejor dicho no conocen de ella sino sus obras maestras y sus intrigas galantes. Pero su alma, su alma sublime, ha sido olvidada... Yo tengo por ella una admiración religiosa y su memoria es para mí un verdadero

culto. Me acuerdo de mi primera visita al castillo de Nohan, como si datase de la semana pasada; y sin embargo data ya de treinta años... ¡La diligencia con sus tres caballos; la gran ruta de Chateauroux; los campesinos que á mí se me figuraban pastores virgilianos; el paisaje verde y oro del estío; todos los detalles de mi peregrinación, en fin, aparecen ante mi vista cada vez que pienso en mi ilustre protectora! Y yo mismo me veo de nuevo, entrando en la casa solariega del genio, con el manuscrito de los *Sonetos Paganos* en la faltriquera y con el alma henchida de ilusiones y de timideces. Y sus maneras de gran señora, su bondad, sus consejos, sus palabras alentadoras y sonrientes!... Verdaderamente no podré nunca olvidarla, ni siquiera olvidar los pormenores menos importantes de mis visitas á Nohan... Á cierta edad los hombres comienzan á vivir de recuerdos; y los mejores, los más dulces recuerdos, son esos, los que se refieren á nuestra juventud y á nuestros primeros tiempos... Ya lo verá usted cuando tenga cincuenta años...

* * *

Cambiando bruscamente de asunto, Silvestre me preguntó :

— ¿Y la literatura española?

Mi amigo Bonafoux habría contestado :

— Está buena, muchas gracias.

Yo traté de explicarle en pocas palabras el estado actual de nuestras letras : un estado que no tiene nada de brillante, en realidad, pero que, comparado con el estado en que nuestra literatura se encontraba á principios de siglo, es brillantísimo; un estado que corresponde á la *médiocrité honorable* de la política española y del comercio español, en decadencia con relación al siglo xvi, en progreso después del siglo xviii. Le hablé de Núñez de Arcé, de Echegaray, de Campoamor, de Tamayo, de Valera, de Pérez Galdós; le cité todos los libros que un literato que escribe en castellano puede nombrar con orgullo en el mundo : *Pepita Jiménez*, *Los Pequeños poemas*, *San Francisco de Asís*, *Gloria*, *La Regenta*, los *Discursos* de Castelar, *Raymundo Lulio*, el *Drama Nuevo*, el *Gran Galeoto*, algunas otras obras, no muchas desgraciadamente, pero siempre alguna más.

Armand Silvestre parecía escuchar con gran interés los nombres ilustres de la península.

— Yo soy un latino de pura raza — me dijo al fin — y todó lo que refiere á Italia, á España y á Portugal, es como si se refiriese á mi propia patria ó por lo menos á una prolongación ideal de la patria. D'Anunzio, por ejemplo, me ha proporcionado un

gran placer de amor propio con sus triunfos literarios universales en una época en que, fuera de Francia, sólo la Escandinavia parecía producir grandes escritores ; porque D'Anunzio es nuestro hermano, apesar de las divisiones políticas que hoy nos separan de Italia ; es un hijo de Virgilio, lo mismo que yo, lo mismo que los españoles. — Sólo que los españoles parecen más alejados, más aislados, más encerrados en si mismos. Tal vez me equivoco, pero se me figura que si los franceses conocemos mal la literatura castellana, es por culpa de los españoles que no se acercan.

Confieso que las últimas palabras del autor de *Rosa de Mayo* siguen siendo para mí un enigma. ¿Acercarse? Pero, ¿y cómo? ¿Intelectualmente, por medio de la educación ideológica? No, porque si algún país es afrancesado en lo que á la cultura literaria se refiere, ese país es España. ¿Entonces?...

* *

Una anécdota.

— ¿Conoce usted á los novelistas portugueses modernos, de Portugal y del Brasil? — me preguntó Armand Silvestre :

— Á algunos, á los más notables.

— Es porque uno de ellos, ¿como se llama? Pedro

da... sí, Pedro... Pues bien, ese Pedro *da no sé que*, publicó, según parece, hace algún tiempo una novela mía, traducida al portugués y firmada por él... Por supuesto que la cosa no tiene ninguna importancia y que si le hablo á usted de ello es porque uno de mis amigos me contó ayer la historia, prometiéndome que me enviaría el libro portugués.

* * *

El gabinete de trabajo de Armand Silvestre, su « taller », como él lo llama, nada tiene de extraordinario á primera vista y sin embargo me produjo una impresión que ningún otro cuarto de estudio me ha producido nunca. Es una pieza más bien estrecha que amplia, iluminada por una sola ventana que dá á un patio « del tamaño de un pañuelo ». La penumbra, la obscuridad podría decirse, es tan intensa que casi parece imposible que nadie pueda allí leer una página ó escribir una línea. Y lo más curioso es que la mesa de trabajo, (una mesa de encina casi tan pequeña como un velador) no está cerca de la ventana, sino en el extremo de la estancia más apartado de la escasa luz que penetra por las vidrieras. En las paredes ningún cuadro, ningún grabado, nada más que un retrato de mujer, á la acuarela. Á la derecha

una biblioteca en la cual hay más cajas de cigarros que libros; á la izquierda un diván muy grande, como un lecho, un diván que llena la mitad de la pieza y que hace pensar en el célebre verso de Baudelaire.

« Des divans profonds comme des tombeaux. »

— Y usted trabaja aquí en esta pieza? — le pregunté.

— Sí — respondiome — siempre aquí ó en el campo; por la mañana, muy temprano, cuando los vecinos duermen aún. En otro tiempo trabajé por la noche, como todos los escritores jóvenes, pero desde hace poco he echado de ver que mis pobres ojos no resisten ya la luz, como cuando tenían veinte años y que para hacerlos durar es necesario cuidarlos mucho, mucho... ¿Ha pensado usted en lo espantoso que debe ser para un obrero de las letras volverse ciego? De sólo figurarme que semejante desgracia pudiera sobrevenirme, siento un escalofrío de angustia... Y yo trabajo todos los días, tal vez trabajo demasiado; dos cuentos á la semana, generalmente largos, para los periódicos; y siempre una novela en preparación, ó una pieza para el teatro. Ahora precisamente estoy terminando, en colaboración con un poeta joven, una traducción en verso del *Ricar-*

do III, de Shakspeare; y mi último libro acaba de aparecer; hace seis meses publiqué una novela en folletín y aun no hace un año que Sara Bernarhd representó mi *Azais*... ¿Perezoso yo? No; en verdad, no lo soy. Es uno de los defectos que me faltan. Si todo el mundo trabajara tanto!... Muchas personas nos hablan de la fecundidad antigua y de la actual dificultad de producir: Voltaire escribió cien volúmenes, Rousseau cincuenta, Dumas doscientos y Balzac ochenta... Pero nosotros también producimos mucho. Zola dejará tantas obras como Balzac. ¿Y Catulo Mendés? Que se reunan todos sus cuentos, y sus artículos, y sus poemas y no bastarán veinte volúmenes, ni aun treinta, quizás, para contenerlos. Yo también necesitaría una infinidad de tomos si fuese á coleccionar mis obras completas. En el fondo, nuestra generación ha sido una valiente trabajadora, ¿no lo cree usted así?

Armand Silvestre termina casi todas sus frases por medio de una pregunta: — « ¿Y usted? » ¿no le parece? » « ¿Cree usted que me equivoco? » — « *Histoire de paraitre aimable tout en etant tres fier* » — dicen sus enemigos. Tal vez tienen razón; pero si esa amabilidad es fingida, hay que agregar á la lista de las cualidades de Silvestre la de ser un perfecto comediante. Tan grande, en efecto, y tan sencilla es la amabilidad del ilustre escritor, que á veces

llega á convertirse en verdadera timidez que contrasta con su figura de coronel de cosacos y con la idea que de su carácter nos formamos al leer sus obras.

*
*

He aquí un retrato de Armand Silvestre trazado por el maestro miniaturista Teodoro de Banville: « La soberbia frente, las pestañas ligeras y bien dibujadas, los magníficos ojos sonrientes, oscuros, profundos, húmedos, os hablan del gran poeta del Dolor y del Amor; y si no fuese por esos rasgos sublimes, su rostro, grueso como el de Balzac, parecería el de un vividor que mojará sus labios sensuales en la copa purpurina de Rabelais ó que mordiese el racimo de uvas galas. Las mejillas llenas de carne, la barba sedosa, abundante y rubia, la tez de rosa florida, el aspecto bonachón, amable, desbordante de alegría y de vitalidad, hacen pensar en un ser juicioso que en el paraíso se hubiese comido la manzana y hasta un cesto de manzanas. Una nariz pequeña, inquieta, siempre en busca de aromas; una oreja perfecta, una boca glotona, encarnada, riente, voluptuosa, bajo la sombra clara del bigote, una barba que sin tener nada de voluntariosa afirma, sin embargo, que el

poeta es susceptible de tomar grandes determinaciones cuando se trata de domar á la liviana Quimera. La cabellera castaña es hoy abundosa, pero nada tendría de raro que un día la calvicie hundiera en ella sus manos lampiñas; porque el dios Deseo se parece á esos cocineros ingleses que cuando preparan un gran festín no tienen ningún reparo en desplumar cisnes. »

El día en que Armand Silvestre, según el augurio de su maestro Banville, debía ser acariciado por las manos de la Calvicie, ha llegado al fin. Hoy la figura del autor de *Rosa de Mayo* es idéntica al retrato que acabo de transcribir, con menos la linda cabellera de otros tiempos. Su talento también es igual, pero ya no produce ni *Sonetos Paganos*, ni *Paisajes Metafísicos*. Si Banville lo hubiera previsto todo, quizás en vez de hablarnos del dios Deseo nos hubiera dicho algo de la Dalila del Camancio que corta, al mismo tiempo, los flotantes rizos castaños y las alas vaporosas de la estrofa.

UNA VISITA A AUGUSTO STRINDBERG